
Las solteronas de Eld*

Richard Selzer

La pérdida más grande para la educación en Estados Unidos fue la desaparición del salón de clases de la maestra solterona irlandesa. La pedagogía todavía no se recupera del golpe. Hubo un tiempo en que en cada familia irlandesa había una hija que soñaba con ascender por encima de la ignorancia general y la sucia pobreza que eran la suerte de quienes acababan de inmigrar. Con no poco miedo anunciaría que no, ella no iba a ir a los talleres ni a las fábricas; no se metería a un convento; no se colocaría en la “servidumbre” ni en las tiendas de departamentos. En lugar de hacer eso, ella iría a la Escuela Normal, el sistema barato de capacitación para la enseñanza que existía a lo largo del Noreste. Tomaría el aprendizaje, la cultura y el refinamiento con todo el gusto de una larga privación. Lo cual tendría sus costos, pues el aprendizaje la elevaba por encima de sus pares y la volvía inadecuada para ser la esposa de uno de esos irlandeses tan trabajadores, pero iletrados. Si se tuviera que casar con semejante hombre, alguien que viese la cultura y el arte como objetos de escarnio (sin importar si el escarnio probablemente era producto de la rabia y la frustración), su suerte sería la enajenación y la amargura. Por lo tanto, permanecería soltera y, seguramente, virginal. La riqueza de su pasión irrealizada estaba ahí para ser entregada intacta en el salón de clases y prodigada en sus alumnos.

Una vez que recibía su certificado de la Escuela Normal, la solterona irlandesa venía a reinar en el salón de clases, transformando ese lugar sofocante, sobrecalentado, maloliente, en un paraíso. Su presencia al frente del aula era un reproche contra todo lo que era ruin y ordinario. Año tras año, nos humanizaba con su noble amor por el

* Tomado de *Harper's*, vol. 307, núm. 1843, diciembre de 2003, pp. 17-21.

aprendizaje y su instinto de que si se estimula en la criatura una percepción de la belleza y la verdad, se crea a una mejor persona.

Tenía ojos y oídos aguzados, y sus sentidos se volvían más agudos con la edad. Desde adelante del salón, podía oír el chasquido del diente de un ratón sobre un grano de arroz en el armario del fondo. Peinada, perfumada y bellamente vestida, era un eterno misterio. Estábamos embelesados con ella, nos moríamos por saber qué edad tenía, pasábamos horas adivinando desde 20 hasta 47 años. Desde donde ella se sentaba, la visión de sus alumnos no podía ser edificante. ¿Qué espíritu hubiera podido elevarse con un salón lleno de cuellos flacos y sucios y listones de mocos? Llamada a recitar, la Renuencia Personificada se pararía junto a su pupitre, se subiría los pantalones, se pasaría el dorso de la mano por la nariz y empezaría:

Las sombras de la noche caían rápidamente
Conforme pasaba por un pueblo alpino
Un joven que llevaba a través de la nieve y el hielo
Una insignia con el extraño dispositivo,
¡Excélsior!

La señorita Feerick tenía una manera de mirar hacia afuera de la ventana mientras estabas recitando, luego decía: "Gracias" de un modo que te dejaba saber que te habías desempeñado abominablemente. La señorita Mahoney era una tejedora congénita. Tejía en el aula; tejía en la biblioteca; tejía en el trolebús. Hubiera tejido al pie de la Cruz. La señorita Vaughan, mucho tiempo después de que se quedó sorda como una tapia, seguía pidiendo "¡Silencio!" de vez en cuando, por puro hábito. La señorita McInerney era una mujer grande del tipo "guapo", que desde entonces reconozco como un elogio débil para una mujer fea con buena postura. De hecho, tenía buen porte y estaba dotada con un asombroso cuerpo inglés. Tenía una manera peculiar de alargarse la nariz cuando deseaba expresar desaprobación y podía provocar que su pecho se hinchara en proporciones alarmantes ante la más mínima falta de decoro. El método de enseñanza de la señorita McInerney era el de soplar pequeñas bocanadas de temperamento sobre la clase.

"Deben sentarse todos perfectamente derechos", nos amonestaba. "La aguja de la brújula siempre debe apuntar hacia el norte". Y caminaba de un lado al otro de los pasillos golpeando con un metro de madera cada columna vertebral para que se alineara. "Es escandalosa la manera en que a las criaturas se les permite en estos días inclinarse en todas direcciones. No puedo ni pensar con este desorden".

El último día de clases, musité la palabra “bruja”. Era asombroso lo bien que me sentía al decirla. Pero fui escuchado y me enviaron a la oficina del director para que me diera un golpe con el bastón. Pensaba que mi castigo había valido la pena, sólo para darme cuenta de que, en septiembre, la señorita McInerney había sido transferida al grupo del siguiente grado. Iba a pagar por aquel “bruja” todo el año. Desde entonces, aprendí a mantener mi lengua “encerrada... doblemente fortificada entre los labios y los dientes”. Es la única manera de salir airoso de la primaria, del matrimonio y de cientos de otros predicamentos. Le debo enteramente a la señorita McInerney nunca haber aprendido cuándo usar “el que” y cuándo usar “el cual”. Inclusive ahora, pasaré toda una mañana cambiando todos mis “cuales” por “ques”.

De todos los temas que se enseñaban en la Escuela número 5, la ortografía era el principal. Francamente, me opongo a cualquier esfuerzo por una ortografía unánime. Ciertamente, escribir una palabra exactamente de la misma manera todas las veces le quita gran parte de su encanto a un escrito. Dorothy, la esposa de sir Thomas Browne, escribió cartas cuyo principal atractivo reposa en su visión intuitiva de cómo debía verse una palabra en la página. Le gustaba que sus “sapatos” fueran “o vien rozas o vien asules”.

Me acuerdo del invierno en que la señorita Rogers —la del temperamento volcánico— hizo tremenda alaraca por el 29 de febrero. Le temíamos tanto como le hubiéramos temido a una de las brujas de *Macbeth*.

“¡El 29 de febrero!” alegaba de manera exaltada. “Es tan raro como la visita de un ángel, y más precioso que los otros trescientos sesenta y cinco”. No hay duda de que la señorita Rogers estaba bastante loca. Pero entonces, ¿qué es la locura? Esta misma señorita Rogers interpretaba “El acorde perdido” en un contralto de pecho *au jus* que dejaba hasta la tinta de nuestros tinteros ondulando. La lira de Orfeo nunca fue tan expresiva. No había nadie que pudiera estar tan “triste e incómoda”. Cada vez que cantaba “Sentada un día al órgano...”, Billy me mataba con un guiño sucio.

Después de la ortografía, estaba la agonía del método Palmer de caligrafía. Llegar a dominarla era equivalente a alcanzar la pureza moral. Que no pudieras mantenerte dentro de las líneas mientras hacías planas interminables de “oes” sin levantar la pluma del papel era evidencia de que tenías un carácter deficiente. No ibas a tener buen fin. Sólo había un paso del método Palmer a la ciencia de la grafología, la cual

sostiene que una persona puede ser recreada a partir de su letra: complejos, perversiones, prejuicios, etcétera. Había una maestra itinerante de caligrafía, la señorita Kinsella, que daba vueltas por todas las primarias de Rensselaer County. Era también un poco poeta, y estaba repleta de dichos sentenciosos y de rimas.

“Con tiempo y paciencia, la hoja de morera se convierte en satín”.
Quién sabe qué quería decir. De su poesía, tengo sólo dos estrofas:

¿Quién no habría de malgastar su tiempo y visión para desperdiciarlos
En un vil garabato, borroso, informe, medio descarado?
Ni siquiera la paciencia misma del Amor podría ensayar
Leer “¡Soy tuya!” escrito de esa forma.

Entonces, ¡oh! No abuséis de la pluma del ganso gris,
Hacedla, de hecho, obediente a vuestra voluntad.
Y rogadle que se mueva en armonía con el pensamiento,
Trazando en belleza lo que la mente ha forjado.

El conserje de la escuela, el señor Foley —calvo, barrigón y casi sin dientes— no era el sueño de amor de la solterona irlandesa. De todas formas, él fungía como el “marido” obsequioso y dedicado cuya atención trataba de capturar cada una de las maestras. Se le hacía venir en cualquier momento en que se sospechara que en un salón hacía demasiado calor o demasiado frío, o cuando hubiera el más ligero riesgo de quedarse sin gises de colores. Ahora sospecho que el señor Foley hubiera podido tener relaciones con cualquier cantidad de aquellas damas, pero no se le daban semejantes inclinaciones. El señor Foley era completamente indiferente al lado carnal de la conserjería. El señor Devlin, el director, era el único otro varón en el edificio. Se le daba decir discursos audaces y pintorescos mientras nos propinaba un golpe o dos sobre la palma de la mano con su bastón, uno de cuyos extremos se engrosaba hasta llegar a un disco con un hoyo en el centro para mejor producir una ampolla.

Fue con la señorita Feerich con quien primero estudié poesía. Todos los poetas que nos enseñaban en la Escuela 5 tenían tres nombres: James Whitcomb Riley, Henry Wadsworth Longfellow, John Greenleaf Whittier, James Russell Lowell, y así sucesivamente. La trinominalidad era la condición básica del poeta. Cómo se las arreglaron Homero y Dante para superar esa desventaja, no lo sé. Pero, en realidad, ¿qué escribió cualquiera de los dos que pudiera provocar tanta celebración como la que provocaba Edna St. Vicent Millay?

Fue en tercer año cuando la señorita Feerick me regaló un libro de poemas. Ella había elegido cada uno de ellos, los había recortado y los había pegado sobre las páginas de un cuaderno. En él estaban todos mis poemas más queridos: “La hora de los niños”, “El naufragio del *Hesperus*”, “Atrapado en la nieve”, “El camarote del *Nautilus*”, “Excélsior”, “El herrero del pueblo”, “La carga de la brigada ligera”, y otra docena. Durante años fue mi posesión favorita. Finalmente, manoseado y acariciado más allá de la durabilidad del mero papel con engrudo, el libro se desintegró en mis manos. Pero no antes de que me hubiera aprendido de memoria todos los poemas. Están tan grabados en mi cerebro que sólo tengo que empezar y el poema completo saldrá marchando. No he recibido otro regalo desde entonces que pueda igualarlo.

Pero ahora hace más de 60 años de eso, y yo estoy en el Club Campestre de Laurel View en Hamden, Connecticut. El acontecimiento es el Almuerzo Anual de Primavera del Club de Mujeres de New Haven. Y soy el orador invitado. El público está compuesto por algo así como cien maestras jubiladas —solteronas irlandesas cuyas edades van de los 65 a los 95 años. Se escabulleron hacia la jubilación cuando las niñas de sexto año ya eran más grandes que ellas, usaban enormes arracadas de oro en las orejas, masticaban tremendas bolas de chicle en clase y eran sexualmente activas.

Las maestras se han vestido para la ocasión, la mayoría en seda de colores brillantes. Desde el podio, son una cama de tulipanes de todos colores. Soy el único varón presente. Sin estas mujeres, nadie en el condado de New Haven hubiera aprendido a leer o a escribir. Nadie hubiera sabido quién era Juana de Arco, y absolutamente nada acerca de las guerras francesas e indias. Fue a los pies de estas maestras que deposité mi corazón. Fueron ellas quienes removieron las ascuas de la memoria.

Varios días antes de la celebración, la señorita Peggy Coonan me llamó.

—Puedes elegir entre bacalao al horno, pechugas de pollo horneadas o pierna de cerdo. ¿Cuál prefieres? —Elegí el cerdo—. ¡Elegiste el mejor! —gritó, como si yo hubiera dado la respuesta correcta en clase. No llevaba ni tres minutos en el Club Campestre Laurel View cuando la señorita Ahearn vino y me entregó un vodka en las rocas con una cascarita de limón.

—Leí en alguna parte que esto es lo que te gusta —me dijo; y luego me informó que ella había sido la maestra de quinto año de mi esposa, lo cual la convertía en una mujer de alrededor de noventa años.

—Y usted ¿qué está tomando? —le pregunté.

—Un kamikaze —respondió y tomó un sorbo recatado.

—Significa “viento divino” en japonés —anuncié. Ella me dijo con la mirada que no fuera tan presumido. Inmediatamente, donde había estado yo, quedó solamente una pequeña bruma de orgullo herido.

O bien yo me enamoro con una facilidad absurda o estas cien maestras eran cada una mi ideal. Mi kamikaze, más bien. Están comprometidas con obras de caridad; hacen cosas buenas; son generosas y están llenas de humor; saborean su jubilación. De pie frente a ellas después del almuerzo, traté de reconocer mi deuda, pero por una vez no pude encontrar las palabras. En su lugar, les hable sobre el cuaderno de poemas y el método Palmer de caligrafía. Y entonces me puse a recitar “El herrero del pueblo”. Cuál no sería mi desazón cuando, a la mitad de la segunda estrofa, ¡mi mente se quedó en blanco! ¡No podía acordarme de la siguiente línea! Siguió un largo momento de silencio embarazoso.

De repente, desde una mesa cercana, una de las maestras continuó recitando en donde yo me había quedado, dándome una pista, su voz enriquecida con urgencia y bondad.

Su frente está húmeda de honesto sudor,
Gana lo que puede,
Y mira al mundo entero a la cara,
Porque no le debe nada a nadie.

Cuando hizo una pausa para dejarme continuar, y yo todavía no pude, sonó una voz desde otra mesa.

Pasa una semana, pasa otra, desde la mañana hasta la noche,
Puedes oír sonar su fuelle;
Puedes escuchar cómo se balancea su pesado martillo,
Con ritmo medido y lento.

Y así siguió alrededor del salón, de mesa en mesa, hasta que escuché:

Escucha la voz de su hija,
Que canta en el coro del pueblo,
Lo cual hace que se regocije su corazón.

Con eso, retomé el poema y terminé de recitarlo con un gran aplauso. De pronto, las décadas retrocedieron y yo estaba una vez más parado junto a mi pequeño pupitre en el salón de la Escuela 5, con mi adorada maestra hablándome.

La maestra solterona irlandesa ya no existe. Ya no veremos algo así otra vez. Y ahora ¿quién nos protegerá de la vulgaridad que ha corrompido el gusto público? Como se ha presagiado: y las maestras brillarán como el firmamento. Justamente así ha ocurrido. Alabadas sean, alabadas.

Traducción: Hortensia Moreno